

La Safor

Luis Miguel González Cruz

PERSONAJE

MORO.

Las naranjas son las mismas naranjas.

El sol y el mar son los mismos.

Estoy en casa.

Me gusta venir hasta aquí para sentirme en casa.

Desde los huertos está cerca.

Es mi paseo de los domingos, sobre todo en verano.

(Área de servicio.)

(El MORO descuelga el auricular de la cabina telefónica del Área de servicio. Habla en su lengua. ¿En cuál si no? Habla, pero parece que grita, que discute.)

En el campo. Claro. En el campo.

Yasmin.

No puedo. No puedo. Ya te he dicho que este mes no puedo.

Imposible.

Ya se lo he dicho también a Shari.

Este mes no.

No.

Imposible.

Imponderables.

Gastos. Papeles. Casa.

Claro que sí.

Claro que no.

Nunca.

Os recuerdo.

Alí.

Es sólo cuestión de tiempo.

De poco tiempo.

Muy poco.

Adiós.

Un beso.

La semana que viene.

Sí, la que viene.

Adiós.

(Área de servicio.)

Lo descubrí por casualidad. Paseando.

Los domingos echaba a andar por el campo, mejor dicho, por las veredas.

Por los caminos que hay entre los huertos de naranjos.

Paseas con algún amigo, o solo, casi siempre solo. Porque a la mayoría no les gusta el olor de la tierra ni de los nísperos ni de los naranjos.

No quieren recordar de dónde vienen.

El día que descubrí el Área de servicio iba con Eudocio, que es un hombre muy pequeñito. Eudocio viene de un país que se llama Ecuador y dice que allí todos son pequeñitos como él. Es muy resistente trabajando, Eudocio y yo estábamos paseando y nos encontramos con el Área de servicio.

(El MORO vuelve a echar monedas en la cabina.)

Shari. Alí.

Que se ponga Shari.

Sí. Alí.
Alí, de España.
¿No?
¿Dónde?
¿Un domingo?
Claro.
No.
Ya te he dicho que no.
No.
Este mes tampoco.
El que viene.
Sí el que viene ya sí.
Díselo a Shari.
Ya la volveré a llamar.
Yo.
La volveré a llamar yo.
No.
Yo.
Sí.
Díselo. No se te olvide.
Sí.
Yo.
Adiós.

**Desde entonces vengo mucho por aquí. Pido una
cerveza y me siento a escuchar. Oigo las
conversaciones de las familias.**

**Son gente de mi tierra, que vuelve a casa por
vacaciones, o que se van al sitio donde trabajan.**

**No me atrevo a hablar con ellos porque todavía no
tengo todos los papeles, y prefiero evitar problemas.**

Además, me da vergüenza.

**Ellos son familias enteras, no tienen problemas, puede
que no les guste acordarse de cuando llegaron.**

(El MORO vuelve a echar monedas en la cabina.)

Señor Mohmmmed. Alí.

Alí.

Sí, claro, claro. Pero aún no he podido.

Hay problemas, problemas con los envíos.

No se preocupe. No faltará.

No faltará.

5.000. Sí 5.000 para Fátima.

Para la familia otros 5.000.

Y la fiesta. Sí. La fiesta.

Pero este mes no puede ser.

Problemas, problemas de transportes.

El mes que viene sin falta.

Sin falta.

Ahora quiero hablar con Fátima.

Sí, Fátima.

¿Cómo?

Ya. El mes que viene.

Muy bien. No se preocupe.

Hasta el mes que viene.

**Paco sí que se acuerda, lo cuenta con rabia, pero te
hace reír al final.**

**Cuando le conté que venía al Área de servicio no le
gustó.**

**Me explicó que él hacía lo mismo en Alemania cuando
era joven y dice que no piensa volver. No le pasó nada,
no le pegaron ni nada de eso. Pero dice que notaba la
mirada de la gente y que eso no se puede explicar.**

Yo no noto la mirada de la gente.

Hay gente que me mira mal. Pero también hay gente

que no.

En mi país también me mirarían mal. Algunos.

No es lo mismo ser de Rabat que de Ouarzazate.

Paco decía que hacía lo mismo que yo, y que eso no es bueno.

Paco se iba a la estación de Munchen, porque allí se encontraba a gusto. En las estaciones nadie es extranjero, porque no son tierra de nadie.

Lo mismo que en las áreas de servicio. La gente entra, compra comida y revistas, regalos para los niños, o paga la gasolina, mean y se van.

Todo está tan limpio que es difícil no estar contento.

A mí me gusta cuando todo está tan limpio.

Paco dice que tanta limpieza le incomoda; que prefiere sentarse en una piedra y fumar y gastar bromas. Dice que él ha nacido para tener los pantalones llenos de tierra y que no le asustan los malos olores.

Eso sí que es verdad.

Aguanta el olor como si hubiera trabajado curtiendo pieles.

(En la cabina de nuevo.)

Cien.

Cien mil.

No, no quiero. No tengo papeles.

No creo. No creo que los consiga.

Así tampoco.

No quiero.

No quiero seguridad social.

¿Cuánto cobraré con seguridad social?

¿Ochenta?

No. No quiero.

No quiero.

No quiero papeles.

No quiero papeles así.

Yo tampoco.

Tampoco.

Cien.

Cien mil.

A las ocho.

En vez de pasear por las veredas, entre naranjos con Eudocio y conmigo, a Paco le gusta ir en dirección contraria, hacia el vertedero, y echa la tarde escarbando entre la basura, dice que siempre apaña algo. Al día siguiente viene todo contento enseñando una bolsa de deporte o algún aparato viejo de cocina. Dice que los arregla, pero yo no estoy muy seguro.

Un día trajo un libro, o lo que quedaba de un libro, porque parecía que se hubiera comido la mitad una cabra.

Oye, Perro sarraceno, a ver si sabes leer esto.

A mí me llama Perro sarraceno y a Eudocio le llama Moctezuma. Son nombres que saca de unos cuentos que leía cuando era un muchacho, por lo que nos ha contado. De un guerrero con una máscara. A mí me dice Perro sarraceno y Moro traidor y yo le digo que le voy a cortar los huevos con el alfanje. Nos podemos hacer bromas porque nos da lo mismo. Yo sé que Paco es de los míos, y Paco sabe que yo soy de los suyos.

(Al pie de la cabina, el MORO juega en una máquina de petacos.)

¿Quiénes somos nosotros?

Los parias de la tierra.

La sal de la tierra.

El barro de la tierra.

¿Qué tierra?

¿Quiénes son mis amigos?

¿Quiénes mis enemigos?

¿Quién soy yo?

Mis amigos son mis enemigos.

Mis amigos debieran ser mis enemigos.

¿Tengo acaso enemigos?

¿Tengo amigos?

¿Quiénes somos nosotros?

(La partida termina. La máquina calcula los puntos obtenidos haciendo un ruido infernal.)

El libro estaba manchado de barro y le faltaban la mitad de las páginas. Se llamaba *Crestomatía*.

Empecé a leer.

Tuve que pararme y alejarme unos pasos de donde estaban mis amigos.

No podía seguir hablando. Tenía en la garganta un nudo hecho con el recuerdo de mi padre.

Era un cuento que me contaban de pequeño, *Las babuchas de la mala suerte*. Huqiya annahu kana fi Bagdada tyulun usmuhu abul Quasimi...

Leí el cuento despacio, con la misma respiración de mi padre, y me venía a la cara el aire caliente de Ouarzazate, y el sabor del sésamo. Y todo aquello se mezclaba con el olor de los naranjos, y era maravilloso.

(Lectura del cuento *Las babuchas de la mala suerte* en el idioma que entienda el público.)

Cuando acabé de leer el cuento miré a mis amigos y tenían cara de niños asombrados. Desde ese día trato de recordar cuentos y de contarlos lo mejor que puedo. Los cuentos nos hacen volar.

A mí me llevan a mi pueblo con mis hermanos.

Tengo cuatro sobrinos.

Pronto tendré todos los papeles para quedarme y

entonces podré volver al pueblo unos días, o podré decir a mis hermanos que me visiten. Para que vean que estoy bien y tengo amigos. Luego me los traeré.

También veré a Fátima, a Shari y a Yasmin. Las compraré. A las tres. O a lo mejor primero compro sólo una. Primero una y luego otra.

No es fácil de explicar. Es verdad que algunos días sólo tengo ganas de volver y de estar con la gente del pueblo, con mi gente de toda la vida. Pero he sabido que esta tierra es la misma tierra, y que las olas suenan igual por la noche, y que las naranjas son las mismas naranjas. Y que Eudocio y Paco son iguales que yo. Son como si fueran de mi pueblo.

No sé explicarlo.

Desde los ventanales del Área de servicio se ve estallar el sol en la superficie del agua, allá lejos. Oigo una conversación en mi lengua, son un hombre y una mujer que hablan de comprar regalos para los hijos de sus vecinos.

La tierra tiene el mismo sabor que mi tierra.

Las naranjas son las mismas naranjas.

Pero no es mi tierra. Sí, aquí lo puedo sentir. No es mía.

No es de nadie.

Estoy en casa.